

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS:
LA SOLEDAD CÓSMICA EN LA POESÍA QUECHUA

UNA ELEGÍA ANÓNIMA que describe la muerte del Inca Atahualpa e interpreta el hundimiento del antiguo mundo prehispánico fue encontrada en forma casual por el lingüista J.M.B. Farfán. Yo lo traduje en 1955. El poema comienza con estos versos:

*¿Qué arco iris es este negro arco iris
que se alza?
Para el enemigo del Cuzco, horrible
flecha
que amanece.
Por doquier, granizada siniestra
golpea.
El sol vuélvese amarillo anochece, misteriosamente...*

La elegía formaba parte de una colección de canciones quechuas populares recopiladas por el organista de la iglesia de San Sebastián, distrito del Cuzco.

A juzgar por el estilo, el léxico y las referencias históricas, el poema debió ser escrito en el siglo XVII o a fines del XVI. El autor debió ser un indio letrado. El odio al español y su identificación absoluta con el imperio y el Inca así lo demuestran:

*Las nubes de los cielos han bajado
ennegreciéndose;
la madre Luna, transida, con el rostro
enfermo
empequeñece.
Y todo y todos se esconden,
desaparecen,
padeciendo.*

* *Casa de las Américas*, II, núms. 15-16 (1962-1963), pp. 15-25.

*La tierra se niega a sepultar
a su Señor,
como si se avergonzara del cadáver
de quien la amó,
como si temiera a su adalid
devorar.*

.....
*Enriqueciendo con el oro del rescate
el español
su horrible corazón por el poder
devorado;
empujándose unos a otros
con ansias cada vez más oscuras,
fiera enfurecida...*

Creemos que con estos versos se inicia claramente el período de la desolación en la literatura quechua. El hombre peruano antiguo se despidió del universo creado por sus manos e ingresa bruscamente en la servidumbre, aún no concluida, en el desconcierto que significó para él la imposición de una cultura ajena cuyos valores no ha comprendido en cuatro siglos de campaña persuasiva o sangrienta:

*Bajo extraño imperio, aglomerados
los martirios
y destruidos;
perplejos, extraviados, negada la
memoria,
solos;
muerta la sombra que protege,
lloramos;
sin tener a quién o a dónde volver,
estamos delirando.*

Desde entonces se diferencia, en el Perú, el "dolor del indio" del de los demás. En la música quechua y en el rostro de sus creadores se cree percibir la expresión de un dolor más profundo, considerado como "típico de la raza" y, por tanto, incurable. Se trata, por supuesto, del "imposible" rostro que los indios muestran a los observadores extraños; en cuanto al dolor llamado "cósmico", porque en sus formas de expresión se percibe como el lamento de la propia naturaleza silente y terriblemente quebrada de los Andes peruanos, este "dolor" existe y el adjetivo que lleva no es gratuito. Pero es un sentimiento de origen precolombino que no ha secado todas las fuentes de la alegría, como suele afirmarse, y que deja de ser dominante en cuanto desaparecen las más crudas formas de opresión social.

No hemos de encontrar huellas de este dolor o de la "soledad cósmica" en la muestra del arte prehispánico.

como únicas fuentes de salvación, hundieron más a la multitud vencida; pretendieron quitarle su albedrío, su voluntad de luchar. Los himnos católicos quechuas coloniales están cargados de lodos de desolación.

*Con el peso de mis culpas
cayéndome, cayéndome, delirante,
sólo en ti confío,
salvador mío, padre mío.
¡Dónde estáis lágrimas de sangre!
para llorar como los torrentes de las
lluvias,
para penar por mis culpas,
para buscar a mi Redentor².*

Estos cuartetos pertenecen al Apu Yapa Jesucristo que, según el Padre Lira, "es el himno oficial de la fe (católica) india". Yo he visto a los indios cantar este himno en las iglesias de los pueblos. Las mujeres y los hombres lloraban a torrentes mientras lo entonaban; los indios se enjugaban el llanto con sus ponchos ásperos; las mujeres se prosternaban y besaban el suelo. Cada una de estas iglesias me parecía el socavón de donde brotaba el dolor humano, y tengo aún en la médula su contagio:

*La muerte ha de llegar,
te encontrará desprevenido;
es a ti, a ti mismo a quien busca,
tu vida ha de acabar.
Todo cuanto amabas,
todo cuanto eres
lo perderás, lo dejarás,
y todo y todos de ti se olvidarán.
(Item.)*

¡Qué diferencia con los pocos himnos religiosos de la antigüedad que los cronistas recogieron! Citemos uno de los que transcribe Santa Cruz Pachacuti:

*Con regocijada boca
con regocijada lengua
de día
y esta noche
llamarás.
Ayunando
cantarás con voz de calandria
y quizá
en nuestra alegría
en nuestra dicha
desde cualquier lugar del mundo,*

*el creador del hombre
el Señor Todopoderoso
te escuchará.
"¡Jay, te dirá
y tú
dondequiera que estés
y así, para la eternidad,
sin otro señor que él
vivirás, serás³.*

Desde entonces apareció la soledad en la poesía oral peruana, el llamado "dolor cósmico". Porque, si bien en las comunidades coloniales, la organización política y social permitió cierta libertad a los indios, les hicieron pagar por ello un precio muy alto. Cientos de leguas tenían que caminar los hombres encadenados, hacia las minas, y quienes eran designados para la mita se despedían de sus pueblos para siempre. El karawi, que fue y es todavía un canto de imploración, y, como afirma González Holguín: "cantares de hechos de otros o memoria de los amados ausentes", se convirtió en el más triste canto de despedida:

*Yana genti
saykusga
maymantan hamunki
tempi tampi
tutayaspa⁴.*

*(Picaflor negro
cansado,
de dónde vienes
tanteando,
convertido en sombra.)*

Los cantos de despedida que he oído empapaban al mundo en su llanto. No podían haber sido compuestos para el colegial o el ganadero que, hacia 1925, emprendían viajes sin riesgos. Venían de los bárbaros tiempos de la mita.

Y apareció el wayno-canción. Que no se baila, y en el que esta soledad cósmica también se vierte:

*Intillay, killallay
maypi kanaykikamatag
kay tutayaypi wagachkani
kay tutayaypi suyachkayki.*

*Intillay, killallay
maychallantan lloqsimunki*

*chaychallanta maychallantan
ripukusaq, kutipusaq⁵.*

*(Oh mi sol, mi luna
hasta que estés dónde,
yo lloro en este oscurecer
esperando en tanta noche.)*

*(O mi sol, mi luna,
por donde alumbra, al amanecer,
por esa obra, por ese filo de la montaña
me he de volver, me he de volver.)*

O mezclada, la expresión de la orfandad con las atroces maldiciones al amado ingrato, simbolizado siempre por una paloma (u pi) que huye:

*Yo acaso broté espontáneamente de la
tierra,
no tengo padre ni conozco madre.
Aun el polluelo del cóndor llora en la
espantosa cumbre
cuando se siente solo, sin padre ni
madre.
Dicen que la aguja de nieve de la
montaña inmensa
lo vio fugarse, metiéndose entre una
parvada de palomas.
Que se vaya y que se fugue ese
enemigo
y que sus alas se entumescan en el
vuelo.
Que todo grano que su pico tome se
vuelva piedra,
que las lágrimas que pretenda llorar se
sequen.
Y el árbol en que solía tomar la sombra
levante sus raíces al cielo como
fantasma desde este instante⁶.*

Se trata de un pretexto para interpretar el mismo sentimiento: la soledad que compromete todo el mundo circundante:

*Imatag kay viday
maytatag ripusaq.
Puna wayta hina
llantillayñas kasian
sombrrallayñas kasian⁷.*

*(¡Qué es, pues, esta vida!
¿adónde he de ir?
Como la flor de la puna
ya no tengo sino mi llanto,
ya no tengo sino mi sombra.)*

La organización de la colonia encadenó la economía señorial y la indígena. Los grandes terratenientes explotaron sus dominios con el trabajo gratuito de "sus indios". Este sistema continuó inalterable durante la República que, en cierto modo, fue un período más rapaz que el anterior.

Cuando el prodigioso desarrollo de los medios de comunicación vincularon el Perú de manera más dinámica a la economía occidental, la zona andina de gran población quechua permaneció reacia, fuertemente conservadora. Los señores prefirieron continuar con el sistema antiguo, trabajando sus inmensas fincas, lentamente, por mano de "sus indios". La zona de la costa, en cambio, se industrializó rápidamente.

Hacia la cuarta década de este siglo el contraste de sierra y costa se había convertido en abismal. Tres siglos de distancia mediaban entre una y otra región. Se inició entonces el período de las carreteras, y una nueva invasión ingresó a torrentes en el mundo hispanoquechua antiguo: ciertos valores de la civilización industrial.

Algunas de las grandes familias tradicionales de los Andes se apresuraron a recuperar el tiempo perdido. Las más conservadoras se resistieron y contemplaron horrorizadas las "perversas" costumbres que la civilización traía. Los modernizantes confundieron, desde entonces, y no sin cierta lógica, lo colonial y lo quechua, al indio y las catedrales, en un solo bulto. Para ello, ambas cosas representaban y representan el pasado casi vergonzoso, el "atraso", la "antigualla", el lastre de la civilización. Están guiados por los nuevos ídolos de los empresarios modernos de la costa: el cemento, el asfalto, el libre comercio, los bancos, la total falta de escrúpulos para los negocios. No hay ninguna otra cosa, o casi ninguna otra cosa que merezca respeto. Los hijos de estos caballeros adoran a James Dean, bailan rocanrol y padecen de feroz aburrimiento, de vacío, en un país en que todo está por hacerse.

Las viejas comunidades de indios se vieron, con la nueva invasión, ante una alternativa implacable: el desarrollo o la desintegración. Las que pudieron conservar tierras suficientes a través de los siglos de despojo comenzaron a desarrollarse; las muy pobres se desintegraron.

Las comunidades con tierras suficientes y con vías de comunicación a la costa empiezan a remover su estructura colonial y todas las institu-

ciones y formas que las identificaban como indias, las sustituyen por normas "modernas", en algunos casos originales.

Las comunidades pobres se desintegran bajo la presión del crecimiento demográfico y de la transformación circundante. Todo empieza a cambiar en las ciudades y aldeas próximas, y ellos no pueden sostener ya ni siquiera su organización antigua. A cada heredero le corresponde, frecuentemente, no más de un surco de tierra. Nadie quiere ya, ni puede, desempeñar en esas comunidades un cargo político y religioso. Las formas cooperativas de trabajo, la organización de la familia, toda la estructura colonial desaparece, pero convirtiendo al grupo humano en un caos: sin autoridad, sin fiestas, sin tierras. No tienen ante sí otro camino que el de emigrar. La migración así, es emprendida con temor. No es el caso de los comuneros con pocas tierras que van a trabajar a las minas, o a las carreteras o a los millonarios valles de la costa, para volver después a sus pueblos. El indio de las comunidades desintegradas está obligado a salir para siempre.

Junto a esta clase de comuneros marchan por las carreteras los pequeños propietarios arruinados, los jóvenes de las familias señoriales aldeanas que huyen del silencio y la inactividad de las provincias. Muchos "caballeros" que no pueden soportar la emergencia de indios y mestizos. Una verdadera multitud se moviliza, se levanta de las aldeas y ciudades menores coloniales y se dirige a la capital. Pueden demorar años o meses en llegar. Pero ésa es su meta. Invasión por invasión. La capital es el centro difusor de la "nueva vida", "a la manera norteamericana"; quienes reciben su influencia en el interior de la República, se inquietan, sienten el mal y marchan hacia Lima. Más de 400.000 hombres de habla quechua habitan en ella.

En 1958, la normalista Gloria Escobar oyó cantar en el Cuzco a Honorata Cusihuanán (Aguila Feliz, significa este nombre), una indiecita de 14 años, de la comunidad de Poroy. La maestra copió la letra del huayno, porque se dio cuenta de su significación. Yo la traduje al castellano:

*Hagay chimpa orgo qhawariqhty
tutayaylla tutayamuwashian;
kay chimpa orgo qhawarikty
asuleylla asuleyamuashian.*

*Qhepata qhawariqhtiyisi
yana phuyu pistuykuwashian.
Chaynan kay viday kasga
chaynan kay suertey kasga.*

*Mamaysi gatiriwashian
cuchillo makillantiniña;
taytaysi jhatirtwashain
navaja makillantiniña.*

*Sapallayñan ñoga kani
chay chimpa orqollapiña.
¡Chaynan kay viday kasga
chaynan kay suertey kasga!*

*(Cuando contemplo la montaña de enfrente
el oscurecer me está ensombreciendo;
cuando miro la montaña de este lado
el denso azul me está encegueciendo.*

*Y si vuelvo los ojos hacia atrás
la nube negra me envuelve.
Así había sido esta mi vida,
así había sido mi suerte.*

*Mi madre me está arrojando
con un cuchillo en la mano;
mi padre me está persiguiendo
con una navaja en la mano.*

*Y ya estoy ahora solo, solito,
en la gran montaña de la otra orilla.
¡Así había sido esta mi vida,
así había sido mi suerte!)*

La soledad ha dejado de ser cósmica. No viene ya como de la sombra del universo agobiando a todos por igual; el destino se ha diversificado. En la gran familia, ahora no sólo dispersada, sino disgregada, cada quien se defiende como puede y el uno mira al otro como a un destino diferente.

La colonia había mantenido al pueblo quechua aislado y, en tal sentido, unido, aunque nebulosamente, en el vasto imperio, por medio de instituciones singulares en que lo antiguo y lo español fueron ensamblados para imponer y conservar tal aislamiento que era necesario para conservar la servidumbre. La lengua quechua servía de profundo vínculo entre los indios y de instrumento de comunicación con sus dominadores. Los señores y los mestizos crearon y siguen creando todavía una literatura quechua mixta, más vasta aun que la quechua pura. De este modo, el mundo de los Andes fue un mundo quechua y lo seguirá siendo por mucho tiempo.

El aislamiento en convivencia con la cultura hispánica permitió al pueblo indígena seguir un proceso de evolución diferente y paralelo al

de sus dominadores. Tal hecho le permitió, asimismo, crear, con los elementos libremente tomados de los españoles o impuestos por la violencia, nuevos medios de expresión, un universo artístico que le sirvió de fuente inagotable de compensación: nuevos instrumentos musicales, centenares de danzas, nuevos cantos y leyendas. El aparato de la religión, la misma desolación que los himnos cristianos difunden, fueron convertidos en un caudaloso motivo de inspiración. En ese sentido, el pueblo quechua conservó su libertad durante el período colonial que se extiende hasta las primeras décadas del presente siglo.

Pero he aquí que la nueva invasión empieza a corroer las bases de esa especie de unidad, nebulosa si se extiende a todo el pueblo quechua, real si a cada comunidad enfrentada a mestizos y occidentales. Vuelve a iniciarse el hundimiento de un mundo dolorosamente formado en varios siglos. El principio fundamental de la civilización industrial moderna empieza a llegar y a ser impuesto en todas partes: el espíritu de lucro, del negocio. De la empresa, como valor predominante, casi único, que nunca, hasta hoy, había podido asimilar bien el hombre antiguo. Los que tienen más quieren más y pueden lograrlo; los pobres, irremisiblemente vuelven más pobres, aun dentro de las comunidades que tienen apenas poco más que nada. Y el cambio se hará a ritmo cada vez más acelerado. ¡Hay que recuperar siglos!

No estamos en contra de esta marcha, hemos luchado por precipitarla, pero tal como se la conduce y condiciona ahora, para esa empresa no sirven el quechua, ni las formas cooperativas tradicionales de trabajo, los bellos trajes, las fiestas con su corte de músicos y bailarinas... Eso es precisamente lo que se trata de destruir. Bien, y ¿qué se ofrece en cambio, en cuanto valor, en cuanto espíritu, heredad y formas de expresión?

Ahora es el padre y la madre quienes arrojan del pueblo a sus hijos, ya que no pueden alimentarlos ni siquiera como a la única oveja que les queda y que sobrevive comiendo la paja recogida de la tierra polvorienta.

Más de cien barrios marginales clandestinos han construido en Lima los inmigrantes provincianos. Allí han ido a caer la mayor parte de los indios lanzados de sus pueblos por la miseria. Allí comparten la vida con otros "serranos" y con los antiguos negros, mulatos y otras familias pobres tradicionalmente limeñas, arrojadas también de la ciudad por la miseria y la apresurada construcción de modernos edificios.

Y en los barrios clandestinos donde hay que hacer frente a bandoleros y a la inclemencia del tiempo, donde no hay agua ni luz, el hombre, indio o no, tiene que erguirse e ir adelante. Son barrios amargos y heroicos. Allí fermenta el resentimiento más corrosivo, la desesperanza y la fe. Todos se han organizado un poco a la manera de las comunidades indígenas modernas. Eligen a sus autoridades por voto directo.

Algunas "barriadas" se formaron en una sola noche. Es el método más eficaz. Cinco, diez, o quince mil hombres se trasladan organizada-mente, de los tugurios de la ciudad a cierto arenal próximo, previamente elegido. Al amanecer, miles de chozas de esteras y latas se muestran cerca de las carreteras. La policía no puede destruirlas. Antes derrumbaba de día las paredes que los emigrados habían construido de noche.

En estos barrios clandestinos, los hombres de los pueblos indios recuperan en cierta forma su libertad. El barrio es muy semejante a un pueblo andino: es sucio, lleno de perros. Aquí, el "serrano", como suele llamarse también al indio y al mestizo andino, reconstruye incluso sus fiestas patronales, danza sus bailes antiguos mientras aprende los de moda; toca sus instrumentos tradicionales. Y así, en algunas de las callejuelas del barrio, el ex indio —no tiene aún otra filiación— puede cantar a gritos:

*Picaflor negro
cansado...*

O esta otra canción, tan distinta, pero igualmente oportuna:

*Rumichihchi chayamuqhtin
waygen, fulano,
confites bankallan ninki
waykey, fulano.*

*Yaraw mayupi kaspapas
waygey, fulano,
ayrampa unulla ninki
waygey, fulano⁸.*

*(Cuando sientas llover piedras del cielo,
hermano, fulano,
dirás que es confites de maíz,
hermano fulano.*

*Cuando un río de sangre pase por tus piernas,
hermano fulano,
dirás que es agua teñido de ayrampu,
hermano, fulano.*

Y luego lanzará alguna interjección fuerte, en su castellano bárbaro, recién aprendido. De este modo podrá pregonar que no está muerto, que por el contrario, está marchando por donde lo obligan, pero adelante. No hay soledad aquí; el ansia de surgir, la amargura, el feroz resentimiento, hierven, como pólvora; mientras en las comunidades y vías de comunicación todo se transforma hacia la modernidad, pero

con un perdurable tinte indígena. Y la soledad, el llamado "dolor cósmico", sigue creciendo y también transformándose en los millares de comunidades miserables de tierras, donde el padre y la madre arrear a los hijos "con una navaja en la mano". Puede surgir de este magma, otra vez, un verdadero mundo nuevo, fruto directo y legítimo, nueva llama de una tradición milenaria cuya hondura no ha de ser posible llenar únicamente con cemento y lágrimas.